

Siempre recuerdo al comediante de la lengua achacoso, ensoberbecido y necio, que me refería que una mujer encantadora le decía una noche: «¡Oh, tú no eres un hombre, sino un dios!» El más feo de los mortales es nuestro amigo G., del Instituto, y, sin embargo, ha tenido también el placer, una vez en su vida, de que una boca de mujer le dijera que es hermoso como un ángel. Siempre ha ocurrido lo mismo, y por eso, siempre, fatuo ha sido sinónimo de tonto. No hay ciego que deje de encontrar un perro que le siga.

Buenas noches.

## VII

7 Octubre.

Querido Pablo: tomo parte con todo mi corazón en tus pesares; pero habrás de permitirme que, juzgando por lo que en tu carta me aseguras, te diga que la enfermedad de tu excelente madre no ofrece ningún sintoma inquietante. Es una de esas crisis dolorosas, pero sin peligro, que la proximidad del invierno recrudece casi invariablemente todos los años. Ten paciencia y el valor que necesitas.

Necesaria ha sido la expresión formal de tu deseo para que ose mezclar mis pequeñas miserias con tus serias preocupaciones.

Como te han hecho prever tu buen juicio y tu amistad, cuando recibí tu carta tenía más necesidad de consuelos que de advertencias.

No tengo el corazón tranquilo y, lo que es aún peor para mí, no estoy tampoco seguro de la tranquilidad de mi conciencia.

Sin embargo, creo haber hecho lo que el deber me dictaba. ¿He acertado? Tú juzgarás. No puedes figurarte, amigo mío, la envidia estúpida con que muchas veces veo á muchos ceder sin escrúpulo, sin luchar y por el puro espíritu de la brutalidad, yendo resueltamente hacia lo que les agrada ó huyendo de todo lo que les repugna.

¡Cuánto tormento da la conciencia á un alma naturalmente buena que no va guiada por principios ciertos ni sostenida por una fe positiva!

Vuelvo á tomar mi relato en el punto en que lo dejé interrumpido.

El día siguiente al de nuestra explicación puse exquisito cuidado en mantener nuestras relaciones amistosas, que en mi opinión era el único género de inteligencia posible entre nosotros.

Me pareció que la condesita se mostraba animada de la misma vivacidad que de ordinario; únicamente creí notar que su mirada y su voz, cuando hablaba conmigo, tomaban cierta dulzura impropia de esta loquilla.

En los días siguientes, y aunque yo no me había apartado de la línea de conducta que me había trazado, comprendí, sin gran esfuerzo, que la señora de Palma se mostraba menos alegre y observé que una vaga preocupación alteraba la serenidad de su frente.

La vi admirar á sus compañeros de baile con sus distracciones: seguía metida en el torbellino, pero no lo dirigía.

Pretextaba bruscamente gran fatiga al comenzar un vals, y dejando, sin ninguna ceremonia, el brazo de su pareja, iba á sentarse en cualquier rincón con aire tristón y pensativo.

Si había un sillón vacío cerca del mío, se sentaba en él, y á través de las varillas de su abanico daba comienzo á una conversación por el estilo, de la que quiero reproducir para que juzgues.

—Si no puedo hacerme ermitaña, puedo en cambio hacerme religiosa... ¿Qué diría usted si me viera entrar mañana en un convento?

—Diría que pasado mañana saldría usted.

—¿No tiene usted confianza en mis resoluciones?

—Cuando son alocadas, no.

—Según usted, yo no puedo concebir más que locuras.

—Creo que baila usted maravillosamente. Ballar de ese modo es hacer arte.

—¿Se burla usted?

—Nunca digo unapalabra que no sea la expresión más seria de mi pensamiento. Soy un hombre formal.

—Especialmente conmigo. Muchas veces pienso que se ha propuesto usted hacerme aborrecer la risa, tanto como hasta aquí la he amado.

—No entiendo lo que quiere usted significar.

—¿Qué le parezco á usted esta noche?

—Encantadora.

—Eso es demasiado. Sé que no soy hermosa.

—No digo que sea usted hermosa, pero es usted muy graciosa.

—Eso debe de ser cierto. La viuda de Malabar es verdaderamente hermosa.

—Sí, quisiera verla en la hoguera con menos ropa de la que lleva cuando viene al castillo.

—¿Para meterse con ella entre las llamas?

—Precisamente.

—¿Cuándo regresa usted á París?

—La semana próxima.

—Irá usted á verme este invierno.

—Si usted me lo permite...

—No.

—¿Y por qué?

—Entre otras razones, porque me parece que no regresaré á París.

—Es una razón de peso. ¿Y dónde irá usted?

—Lo ignoro. ¿Quiere usted que vayamos los dos á hacer un viaje á pie?

—¡Andando!

Y así sucesivamente. No quiero fatigarte con los detalles de una docena de diálogos semejantes, que la señora de Palma inicia hace cuatro días con afán más que manifiesto.

Ya es innegable su deseo creciente de imprimir á nuestras conversaciones un carácter más íntimo. Al propio tiempo, aumenta mi obstinación para impedir los avances con que ella sueña.

Varias veces se ha percatado de este mi empeño y suele decir, riendo, que nadie podía pensar que en esta ocasión fuese yo el enamorado defensor de la futilidad social.

No era posible que mis entrevistas frecuentes con la condesita pasaran inadvertidas á los envidiosos que siguen todos mis pasos.

No dejó de comprender la señora de Palma el enojo que me causaba la atención curiosa de que por su causa era yo objeto.

—Os comprometo—me decía muchas veces,—me voy.

Yo protestaba tímidamente, pero, en realidad, no hacía nada por retenerla; me limitaba á procurar su alejamiento, pero cuidando de no decir ni hacer nada que pudiera herirla en su amor propio. Ahora comprendo que mi conducta no debió de ser acertada, puesto que no he podido sacar de ella el resultado que deseaba.

Voy á comenzar el relato de la escena que debía poner fin á esta lucha fatigosa.

Para despedir á su hija, los marqueses de Malouet daban ayer un baile de gala, al cual habían sido invitados todos los conocidos de diez leguas á la redonda.

Al dar las diez estaba llena de gente la vasta sala del piso bajo del castillo, donde se confundían, en mezcla deslumbradora, todas las *toilettes*, las flores, las luces y los colores.

Iba á entrar en el salón cuando me encontré con la señora de Malouet, que manifestó deseos de hablarme confidencialmente.

—Esto va mal, amigo mío—me dijo.

—¿Qué hay de nuevo?

—No lo sé, pero vigilo. Repito que esto no va bien... He puesto en usted gran confianza y estoy segura de que sós digno de ella. ¿No es cierto?

Su voz era temblona y débil y su mirada humilde.

—Señora, puede usted estar segura. Debía haberme marchado hace ocho días.

—¿Quién pudiera pensar lo que sucede?... ¡Silencio!

Volví la cabeza y encontré á la señora de Palma, que salía del salón por entre una doble hilera de hombres que se separaban con esa especie de terror que inspira generalmente á nuestro sexo la suprema elegancia de una mujer espiritual.

Era la primera vez que la señora de Palma

me pareció hermosa: una expresión extraña que hasta entonces no había visto, una viva exaltación en sus ojos de reina avasalladora, en una palabra, su rostro estaba transfigurado.

—¿Me encuentra usted bien?—me preguntó.

Me complací en testimoniarla con palabras un asentimiento que seguramente ya había adivinado con su mirada penetrante de mujer.

—Le buscaba á usted—añadió,—para acompañarle á la estufa: es una verdadera maravilla. Venga usted.

Me asió por el brazo y nos dirigimos á la puerta de la estufa que se abría en el otro extremo del salón, extendiéndose hasta el parque. Mientras admirábamos el efecto de los girasoles que destacaban entre olorosas plantas exóticas, como la constelación brillante de otro hemisferio, varios caballeros fueron á solicitar, para el vals, la mano de la señora de Palma: ella se negó cortésmente á aceptar, á pesar de mi abnegación, que me llevó á unir mis súplicas á la de los que la pedían.

—Nuestros papeles están un poco cambiados—me dijo.—Yo procuro estar á su lado, al mismo tiempo que usted hace cuanto puede por alejarme.

—¡Dios me libre! pero temo que por ser complaciente conmigo se prive usted de un placer que ama.

—No se disculpe; estoy bien cierta de que yo

le busco y que usted huye. Esto es un absurdo á los ojos de los que lo ven, pero no me importa. Esta noche, cuando menos, he de divertirme como me plazca. Le prohibo que haga nada para aminorar mi dicha. Soy verdaderamente feliz. Tengo todo lo que deseo: flores hermosas, buena música y un buen amigo asido á mi brazo. Mi única preocupación, y este es el punto negro de mi cielo azul, es que estoy más segura de la música y de las flores que del amigo.

—¿Y esto os martiriza mucho.

—Explíqueme usted su conducta de una vez. ¿Por qué no quiere usted nunca hablar seriamente conmigo? ¿por qué rehusa obstinadamente decirme una sola palabra que sea prueba de confianza, de intimidad, de amistad verdadera.

—Discutamos eso, si quiere, pero piense que puede llevarnos lejos la conversación.

—¿Y eso qué importa? que nos lleve donde quiera. ¡Tiene gracia ver que se preocupa usted de las consecuencias siempre mucho más que yo!

—Veamos, ¿qué pensaría usted de mí si yo la hiciese el amor?

—No le pldo á usted que me haga el amor—replicó la condesita vivamente.

—Bien lo sé; pero es el camino que toma invariablemente mi lenguaje en cuanto le aparto del de las frivolidades... Confiese usted que hay un hombre en la tierra que no podría hacerle la

corte sin verse herido por un desprecio, y que ese hombre soy yo. No quiero decir que me satisfaga tener esta convicción, pero desde el momento que lo sé, razonable es que lo diga, ya que se presenta la ocasión.

—Es cierto.

—Señora, es una confesión demasiado atrevida.

Movió la cabeza indicando duda, y agregó después de un momento de silencio:

—Estoy pensando que acaba usted de hablarme como á una mujer perdida.

—¡Señora!

—Lo repito. Usted cree que sólo puedo suponer, al ver á un hombre que me hace la corte, que su única intención es tenerme por querida. Eso sólo puede pensarlo una perdida, y yo no lo soy. Dios me conoce y á El me encomiendo con más frecuencia de lo que usted supone, seguramente. El me ha preservado de obrar mal hasta ahora y confío en que seguirá preservándome; pero es esta una cosa que no depende de El solamente...

Se detuvo un momento y añadió con firmeza

—Usted puede hacer mucho para evitarlo.

—¿Yo, señora?

—Le he dejado tomar, no sé cómo... no, no lo sé... gran dominio sobre mi destino. ¿Hará usted bueno ó mal uso? Eso es lo que resta averiguar.

—Y con qué título... en calidad de qué podría yo autorizar ó impedir vuestros deseos?— pregunté con lentitud.

¡Ah!—exclamó con acento sordo y enérgico,— ¿usted me pregunta eso?... ¡Eso es demasiado duro! ¡Me humilla usted demasiado!

Soltó bruscamente mi brazo y entró en el salón.

Estuve durante algún tiempo sin saber qué partido tomar.

Pensé primero seguir á la señora de Palma y hacerla comprender que se había hecho muy poco favor—como era verdad—al medir el alcance de mis palabras. Había aparentemente aplicado mi respuesta á alguna idea que la dominaba y que yo no conocía, puesto que sus palabras me habían revelado mucho menos que lo que ella se imaginaba seguramente.

Después de haberlo reflexionado, desistí de entrar en nuevas explicaciones.

Creí preferible quedar bajo el golpe de las más tremendas acusaciones, y dovorar en silencio la amargura de que esta escena me había llenado el corazón.

Sali de la estufa y me dirigí á los jardines, para escapar del bullicio del baile.

La noche era fría, pero hermosa. Un instinto doloroso me alejaba de la zona luminosa que proyectaba alrededor del castillo el salón resplandeciente.

Me dirigí á un punto sombrío que separa el jardín del parque. Me perdía cabizbajo en la negra alameda, cuando una mano tocó mi brazo y me detuvo; al mismo tiempo una voz turbada, que no pude en aquel instante reconocer, me dijo:

—Necesito hablarle á usted.

—Señora, ¡por favor! ¡en el nombre del cielo! ¿qué hace usted?... ¿no comprende que busca su perdición?... Vuelva usted al salón, yo la acompañaré, ¡vamos!

Quise asirla por el brazo y se apartó.

—Necesito hablarle á usted... estoy decidida... Usted me juzgará una miserable criatura, ¿no es cierto? Y, sin embargo, no lo soy, se lo aseguro... ¡Usted es el primer hombre por quien yo he olvidado... todo lo que he olvidado... Sí, el primero... Ningún hombre había oído de mi boca una palabra de afecto... ¡y usted me juzga mal y no me cree!

Cogí sus dos manos entre las mías.

—La creo á usted, se lo juro... Al mismo tiempo la juro que la quiero y la respeto como una hija... Pero obedézcame y no ponga en tela de juicio su buen nombre: vuelva al salón, donde dentro de un momento iré á buscarla, se lo prometo.

La infeliz muchacha rompió en abundante llanto y noté que su cuerpo vacilaba; la sostuve y la obligué á sentarse en un banco.

Me mantuve en pie, á su lado, aprisionando una de sus manos entre las mías.

La obscuridad era completa; yo escuchaba con vago estupor los sollozos convulsivos que salían del pecho de la condesita, y oía, á mi pesar, el odioso ruido de la fiesta que la orquesta nos enviaba por intervalos.

Fué uno de esos instantes cuyo recuerdo dura tanto como la vida.

Al cabo de unos minutos se rehizo y pareció recobrar todos sus bríos.

—Caballero—me dijo levantándose y retirando su mano,—no se inquiete usted por mi reputación.

Mis amigos están acostumbrados á mis locuras. Además, he tomado mis medidas para que la locura de hoy no llame más la atención que las otras. Si me he equivocado, poco me importa; usted es el único hombre cuyo cariño he deseado y el único también que me desprecia... Esto es muy cruel... Quiero convencerle de que no soy merecedora de su desdén.

—¡Señora!

—Escúcheme. ¡Quiera Dios que consiga convencerle!... Desde la primera vez que me miró usted, el día en que le encontré dibujando en la iglesia de la abadía, le pertenezco... No he amado, no amaré nunca á otro hombre. ¿Quiero usted que sea su mujer? Soy digna, se lo juro ante el cielo que nos protege.

—Querida señora, querida niña... su bondad... su cariño, me enternecen hasta el fondo del alma... ¡Por favor, un poco de calma... déjeme usted un momento de meditación!

—Si le habla á usted el corazón, escúchele... La razón es mal juez, en estos asuntos... ¡Ay! Comprendo que duda usted todavía de mí, de mí pasado... ¡Dios mío! ¡esa opinión de la gente, que yo he despreciado, que he pisoteado sin piedad, ¡cómo se venga de mí! ¡cómo me mata!

—No, señora, se engaña usted, ¿pero qué podrá ofrecerla en cambio de todo lo que quiere usted sacrificar... de las costumbres, de los gustos, de los placeres, de toda la vida?

—Esta vida me causa horror. ¿Cree usted que volveré á ser la mujer loca que usted ha conocido? Sí, lo cree usted. ¿Y cómo puedo impedir que usted lo crea? Sin embargo, estoy cierta de que no le daré á usted ese pesar, ni ningún otro. ¡Jamás! En sus ojos he leído un mundo nuevo que desconocía, un mundo más digno, más elevado del que yo no había tenido la menor idea... y fuera del cual ya no sabría vivir... En mis palabras debe adivinar que le digo sinceramente todo lo que siento.

—Sí, señora, usted me dice la verdad. La verdad de este momento... de un momento de fiebre y exaltación... pero ese mundo nuevo que adivina vagamente, ese mundo ideal, al cual quiere pedir un refugio eterno contra al-

gunos pesares pasajeros, no le dará nunca lo que en apariencia promete... ¡la decepción, el desengaño, la desdicha aguardan en él... y no á usted sola. No sé si existe un hombre de tan noble corazón, de alma tan bella, para hacerla que ame la existencia nueva con que sueña, para conservar en la realidad el carácter casi divino con que su pensamiento lo imagina; pero sé que si yo aceptara sería un loco y un miserable.

—¿Es esa su última determinación? ¿La reflexión no la alteraría en nada?

—En nada.

—Entonces, adiós... ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!... ¡adiós!

Y tomé mi mano para estrecharla convulsivamente; después se alejó.

Cuando desaparecía me senté en el banco donde ella había estado. Allí, mi pobre Pablo, me abandonaron las fuerzas. Oculté mi cabeza entre las manos y lloré como un niño. Por fortuna, no volvió.

Tuve necesidad de hacer un supremo esfuerzo para reaparecer por un momento en el baile. Nada indicaba que se hubiera notado mi ausencia. La señora de Palma bailaba con alegría, que tenía mucho de delirio.

Pasamos á la sala donde estaba servida la cena, y aproveché el tumulto para retirarme.

En la mañana siguiente solicité una entre-

vista de la señora de Malouet. Creí que debía hacerla una confidencia. Ella la recibió con profunda tristeza, pero sin sorpresa alguna.

—Esperaba—me dijo—algo por el estilo... he pasado la noche en vela... creo que ha obrado usted como un hombre prudente y de honor. Sin embargo, vuestro comportamiento ha sido duro. La vida tiene de detestable que crea caracteres y pasiones falsos, situaciones imprevisas que complican la práctica del deber y oscurecen la vía del derecho... y ahora quiere usted marcharse, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Sea, pero quédese usted aún dos ó tres días. Marchándose ahora daría á su partida apariencias de fuga, que, después de lo ocurrido, tendría tanto de ridículo como de injurioso. Es un sacrificio que le pido. Hoy debemos comer todos en casa de la señora de Breuilly: yo me encargo de excusarle. De este modo tendrá que hacer esta violencia menos. Mañana haremos lo que nos parezca mejor. Pasado mañana puede usted partir.

He aceptado la proposición. Hasta muy pronto, querido Pablo... Me veo solo y abandonado y tengo necesidad de estrechar tu mano leal y oír que me dices: ¡Has obrado bien!

## VIII

10 Octubre. Del Rosel.

He vuelto á mi celda, amigo mío... ¿por qué la dejé? Nunca hombre alguno ha sentido golpear entre estas frías paredes un corazón más turbado que mi miserable corazón. ¡Ah! ¡no quiere maldecir nuestra pobre raza, nuestra prudencia, nuestra moral, nuestra filosofía humanas! ¿Acaso no es esto lo único noble y bueno que nos queda? ¡Pero, Dios mío, qué poco es todo esto!

Escucha un triste relato:

Ayer, gracias á la señora de Malouet, quedé solo en el castillo; todo el día estuve tranquilo, todo lo tranquilo que yo puedo estar. A media noche oí regresar los coches, y al cabo de un momento habia cesado el ruido. Debían de ser las tres de la madrugada cuando fui sacado del aletargamiento febril, que ha sustituido en mí al sueño, por el ruido muy próximo de una puerta que parecia abrirse ó cerrarse con precaución. No sé por qué extraña y súbita concatenación de ideas, un incidente tan ordinario llamó mi atención y agitó mi espíritu. Me alcé bruscamente del sillón en que dormitaba y me